

El fenómeno de la apatía democrática

LA APATIA DEMOCRÁTICA: FORMA DE COMPORTAMIENTO POLITICO

La sociología política, particularmente en Norteamérica y posteriormente en Europa en las investigaciones empíricas realizadas por F. Lazarsfeld, D. Berelson, Hazel y Gaudet, puso de manifiesto que la pretensión democrática era en realidad más reducida, y que el optimismo democrático resultaba más propaganda que realidad. Se percibió, en fin, que en las democracias más generalizadas se daba menos democracia de lo esperado y la *apatía política* se extendía a sectores amplios de la población.

Teóricamente se daban las circunstancias óptimas para una participación política como afirmación democrática tanto en Norteamérica como en Francia, Inglaterra y Alemania y no obstante la comprobación empírica ponía de manifiesto una considerable ausencia y desinterés de la población. El hecho es reconocido como el fenómeno de la "apatía democrática" y una vez reconocida la existencia del fenómeno, el interés de los politicólogos ha sido y es el de explicar suficientemente el fenómeno determinando las posibles causas del mismo.

La sociología política ha buscado las causas explicativas en la estructura social de las diferentes sociedades, en la pertenencia de clase y en la diferente estratificación. La psicología social ha hecho referencia a las motivaciones individuales y de grupo. Pero han sido los científicos de la política y los críticos de las teorías democráticas quienes han descubierto quizás la razón más seria y más inquietante: la apatía política sería un resultado lógico, necesario y querido de ciertas teorías democráticas que parten de la afirmación de que la democracia es no ya una pretensión normativa sino un

instrumento o un modelo de gobierno que se realiza dentro de unas condiciones que permiten el que se alcance un mínimo, un bueno o un óptimo democrático. En consecuencia, la apatía no solamente resulta una realidad normal, sino que aparece hasta como necesaria y conveniente. Como es manifiesto tal teorización nacida de una comprobación empírica, pone en peligro la esencia misma de la democracia introduciendo una sutil transformación en su misma esencia¹.

Teniendo en cuenta lo indicado, conviene situar la problemática de la apatía democrática dentro del ámbito de la realidad política, puesto que una vez señalado el lugar teórico en el que surge, será más fácil su comprensión como fenómeno. Desde el punto de vista metodológico y disciplinar, el fenómeno de la apatía democrática hay que situarlo en el marco de referencia más amplio que es el comportamiento político, objeto específico de la moderna sociología política y más en concreto dentro de la problemática de la participación política y específicamente dentro de las actuales investigaciones en torno a la sociología electoral.

De la afirmación normativa de la condición política del hombre, hasta la comprobación empírica de la conducta apolítica de muchos hombres y por ende del fenómeno de la apatía política como forma generalizada, hay un largo trecho y unas considerables diferencias teóricas que van desde la consideración ética de lo político —la participación política como deber y virtud ciudadana— hasta la comprobación empírica del hecho de la ausencia de interés y de participación. Quizás pueda decirse que hoy, particularmente en Europa, se vuelve a la afirmación normativa de la política como medio de realización democrática precisamente frente a la pretensión behaviorista de la democracia reducida como resultado de la comprobación empírica de la apatía.

El análisis del comportamiento político, de sus formas, de sus motivaciones, de sus condicionamientos y de sus limitaciones, constituye el ámbito del enfoque conductista que responde a una evolución histórica y social con la aparición de nuevos fenómenos como son el de la masa informada y participante y en concreto el de la extensión y generalización de la ideología democrática.

1. Sobre este proceso transformador y deformador de la democracia véase J. RIEZU, *Pervivencia de la democracia*. Revista de Estudios Políticos, marzo-junio 1975.

El planteamiento conductista busca precisiones empíricas y reducciones psicológicas y estadísticas que expliquen los fenómenos políticos. El fundamento de tal enfoque es la consideración de los fenómenos políticos como procesos y de la política como actividad de los individuos y de los grupos. Se trata, pues, de una interpretación de la política como actividad ni exclusiva ni excluyente en la que los individuos y los grupos participan en cuanto ciudadanos. Es el paso fundamental del protagonismo del príncipe o del político a la actividad política y presencia de los ciudadanos². En definitiva, la preocupación por el análisis del comportamiento político viene determinada por la ampliación real de la participación política que se refleja en la extensión del sufragio. Como indica el profesor Murillo Ferrol, este enfoque conductista, que, sin duda, ha aportado datos valiosos y de interés, ha encontrado fuerte crítica y como decíamos ya se percibe cierta reacción al mismo tiempo que se ha acusado a este enfoque de trivialización y de fascinación bárbara por lo instrumental³.

Ahora bien, ha sido la investigación empírica y conductista la que precisamente ha puesto de manifiesto el hecho de la apatía democrática o apatía de las masas respecto de la política, a pesar de la realidad de la creciente participación política y de la extensión del sufragio. El que, como indica el autor citado, en la mayoría de los países desarrollados, las masas se hayan mostrado "agresivamente desinteresadas" de los acontecimientos políticos de su localidad, de su nación y de su mundo, no deja de ser un dato importante y un hecho que reclama una explicación.

Se ha hablado de un fenómeno de alienación del ciudadano frente a los problemas políticos basado, ante todo, con un sentimiento de impotencia ante la creciente complejidad de los mismos y, por tanto, de una conciencia de la inutilidad de cualquier esfuerzo individual⁴. Pero, indudablemente y además de esta motivación psicológica, se dan sin duda otras causas de carácter más sociológico y más estrictamente político e ideológico. La sociología política ha descubierto y ha establecido una relación explicativa entre participación política y estructura social y por tanto entre apatía política

2. F. MURILLO FERROL, *Estudios de sociología política*, Madrid 1972, p. 25 ss.

3. O. c., p. 26. J. J. RUIZ RICO, *Problemas de objetividad y neutralidad en el estudio contemporáneo de la política*. R.E.P. 1975. Este ensayo es de gran importancia por su certero análisis.

4. O. c., p. 38.

y estructura social. Por ejemplo, hay comprobaciones realizadas por Riesman y Glazer en las que se descubre la mayor indiferencia de las capas bajas comparada con la de las capas medias y altas. Posiblemente, señala Murillo, en el ámbito político se repite el hecho más general de la existencia de una minoría activa y creadora en cualquiera de los ámbitos de la vida y la multitud pasiva y reflectora. Este hecho parece inevitable y para algunos representa incluso algo deseable como medio de garantizar virtudes específicas de las minorías⁵.

Como ilustración comparativa de la correspondencia estructural entre apatía y pertenencia social transcribimos el esquema establecido por Lipset en relación con la participación electoral.

CARACTERISTICAS SOCIALES RELACIONADAS CON PARTICIPACION ELECTORAL

ALTA PARTICIPACION	BAJA PARTICIPACION
Renta alta.	Renta baja.
Alto nivel de educación	Bajo nivel de educación
Grupos profesionales:	Grupos profesionales:
Hombres de negocios	Trabajadores sin calificar
Empleados	Sirvientes
Funcionarios	Trabajadores de servicios
Agricultores (farmers)	Campesinos pobres
Mineros	
Blancos (para los Estados Unidos)	Negros (para los Estados Unidos).
Hombres	Mujeres
Gentes de edad mediana (de treinta y cinco a cincuenta y cinco años)	Jóvenes (menos de treinta y cinco años)
Antiguos residentes	Recién llegados
Obreros (en Europa occidental)	Obreros (en los Estados Unidos)
Situaciones de crisis	Situaciones normales
Casados	Solteros
Miembros de organizaciones	Individuos aislados

5. DAVID RIESMAN y NATHAN GLAZER, «Criteria for political apathy» en *Public Opinion Quarterly*, XVIII (1954), p. 506, citado por MURILLO FERROL, *o. c.*

Lipset concluye afirmando que un grupo determinado tendrá un mayor índice de participación electoral cuando primero: sus intereses estén fuertemente afectados por la política del gobierno; segundo, cuando tengan acceso a información sobre la importancia de las decisiones políticas para sus intereses; tercero, cuando no esté sujeto a presiones encontradas que pudieran llevar a la abstención⁶.

PARTICIPACION POLITICA Y APATIA POLITICA

La participación política como fenómeno creciente ocupa un lugar central en la moderna sociología política. Está, como se sabe, en relación con el concepto y la realización de la democracia. Pero a su vez el alcance del concepto de participación y hasta el mismo sentido varía considerablemente y depende de la intención teórica con la que la realidad democrática sea tratada. Es decir, la participación política adquiere matices y densidades muy distintas según se considere dentro de una u otra teoría democrática⁷.

Participación política significa, en sentido genérico, tomar parte en el proceso de decisión política en un mayor o menor grado y es expresión de un comportamiento social que responde al ejercicio regulado de los derechos del ciudadano y en cierto modo, en la perspectiva normativa, responde también a los deberes cívicos. Recordemos que tradicionalmente —en Grecia y también posteriormente en diversas alternativas— la participación se ha considerado una virtud y un deber cívicos. Igualmente es considerado “como un signo de salud pública” y como una “condición sine qua non” de la democracia⁸. Al concepto de participación pertenece por tanto el ejercicio de los derechos de reunión, de expresión, de manifestación, etc., y también las formas más informales como pueden ser las de mantener conversaciones políticas o discusiones políticas en el ámbito profesional, etc.

La participación creciente en el ámbito político y cuya expresión es la ampliación del sufragio se debe a diferentes causas como

6. F. MURILLO FERRO, *o. c.*, p. 40.

7. C. ZIMPEL en *Handlexikon zur Politikwissenschaft*, München 1972, pp. 327 ss. J. RIEZU, *o. c.*, pp. 232 ss.

8. R. E. DOWSE y J. A. HUGHES, *Sociología política*, Madrid 1976, p. 358.

son la distribución de la propiedad, las aspiraciones económicas y en general una acelerada movilidad social y en concreto ciertas experiencias democráticas de grupos concretos y que posteriormente se trasladan a toda la población. Así, por ejemplo, las experiencias en ciertos ámbitos eclesiales protestantes y sobre todo las experiencias en Norteamérica de los primeros colonizadores con una necesidad vital de la participación de todos para poder sobrevivir en un medio hostil⁹.

No obstante a la aparente evidencia de participación sucede la comprobación de falta de participación —apatía— o de diversos índices y diferentes formas de participación política. La realidad es, pues, que se participa poco o muy coyunturalmente —caso de elecciones— y aún así el número y la calidad de los participantes es inferior a lo esperado. Teniendo en cuenta los distintos índices de participación se puede establecer una tipología que comprende a un 60 % de la población que desempeña roles de espectador; sólo de 1 al 3 % aproximadamente es plenamente activo y alrededor de un 7 ó 9 % está en una situación de transición. Todo ello lleva a la consideración de la participación como una consecuencia de las circunstancias sociales, políticas y psicológicas asociadas a ella¹⁰.

La sociología política norteamericana ha podido comprobar que las 3/4 partes de la población adulta pueden ser incluidas en el fenómeno de la apatía política. Y por otra parte, se ha comprobado también el fenómeno de que los que participan en la actividad política, participan también en otros ámbitos sociales originando el fenómeno de la llamada “participación acumulativa” y que puede tener una simple explicación psicológica en el hecho de que quien participa activamente en lo político y tiene éxito, se siente motivado a participar en otras actividades sociales. Todo esto pone de manifiesto la considerable verdad y el alcance de la tesis de que la permanencia y la rotación de las élites en el orden político y social es una realidad.

La investigación empírica busca la explicación en el ámbito de las motivaciones individuales, es decir, se pregunta por qué unos participan tanto y por qué otros no participan o apenas participan. T. F. Lazarsfeld, Berelson y H. Gaudet comprobaron que cada per-

9. C. N. PARKINSON, *La evolución del Pensamiento político*. Bilbao 1971, pp. 249 ss.

10. R. E. DOWSE y J. A. HUGHES, *o. c.*, p. 361.

sona piensa políticamente como existe socialmente, es decir, se comprobó la relación y la dependencia existente entre la pertenencia social y la pertenencia política. Por consiguiente y aunque muy genéricamente se pueden distribuir los factores que influyen en la participación o no participación política, en factores sociodemográficos, factores personales y factores de situación. Igualmente es clara la relación entre factores socioeconómicos y participación política. Participan más los bien situados económicamente y los mejor formados intelectualmente. La llamada "información política" es fundamental en la explicación de la participación o no participación, hasta el punto de que la insuficiencia informativa bien sea por desinterés o bien por desconfianza frente a una información política claramente partidista, señala el índice más significativo de la no participación o apatía política.

Parece ser que la clase social, es decir, la pertenencia de clases es el determinante general más importante de la preparación política y por consiguiente de la participación. Otros factores como la religión, la pertenencia regional, etc., inciden pero no destruyen la fuerza de la pertenencia de clases. Pero la razón más radical de la participación o no participación se encuentra en la valoración que la cultura y la educación dé a tal participación. En aquellos sistemas en los que se educa para la no participación como situación normal, no sorprende esta ausencia; en los sistemas en los que se valora la no participación puede significar una grave distanciamiento del sistema político establecido ¹¹.

CULTURA POLITICA Y APATIA POLITICA

Dentro de la generalidad de la cultura como fenómeno, se habla de la cultura política como "fuente de ideas y postulados sobre el funcionamiento del sistema político". Tal denominación se refiere a "orientaciones específicamente políticas en relación con el sistema político y sus distintas partes y a actitudes relacionadas con el rol del yo en el sistema" ¹². Por consiguiente, la cultura política proporciona directrices y consagra formas e instituciones políticas y en

11. O. c., pp. 394 ss.

12. G. A. ALMOND y S. VERBA, *La cultura cívica*. Madrid 1970.

consecuencia determina en gran parte, la presencia o ausencia, la limitación o extensión del fenómeno de la apatía política.

En la proporción en que los valores de esta cultura política sean los de participación y responsabilización de todos y de cada uno, se dará una mayor presencia activa. Por el contrario, si el contexto intentado o existente valora y afirma la exclusividad de los gestores políticos, la participación se hará exclusiva y la cultura política actuará como instrumento excluyente y favorecedor de la apatía. De ahí que en el análisis del fenómeno de la apatía política sea necesario historiar la tradición política y analizar los componentes de la cultura política de cada comunidad. Como ejemplos de tal situación excluyente tenemos los sistemas monárquicos absolutos tradicionales y en la actualidad los sistemas autoritarios personalistas y los sistemas totalitarios en los que la participación es minoritaria en virtud de las exigencias del contexto de una cultura política que proclama la exclusiva pertenencia de la gestión política como algo propio de una minoría.

Por otra parte y teóricamente, la cultura política democrática favorece el mantenimiento de los valores culturales políticos que proclaman la necesidad y el derecho a participar en la gestión política. Lo que es importante en la cultura política es lo que la gente cree en relación con las estructuras y comportamientos. Precisamente por esto la cultura política se hace centro de análisis científico de la política para explicar el acontecer político real.

Por la importancia y el valor ilustrativo en torno a lo aquí indicado y sus incidencias en la explicación del fenómeno de la apatía, transcribimos la siguiente distribución de formas de cultura política establecidas por G. Almond, y S. Verba en su obra "La cultura cívica": estos autores señalan "la cultura localista. En ella las orientaciones del ciudadano hacia los objetos políticos son extremadamente débiles, y no se pone en relación de manera positiva con las instituciones políticas nacionales, con las cuestiones y decisiones políticas nacionales, ni se considera afectado por ella. En el sistema localista el ciudadano que no se relaciona con objetos nacionales puede, no obstante, estar intensamente implicado en la política local, tribal o del pueblo, como ocurre con frecuencia en regiones en las que es más probable encontrar sistemas localistas, es decir, en las sociedades tribales africanas y en otras sociedades en las que la diferenciación institucional y de roles es relativamente simple.

La cultura de súbdito. En ella el ciudadano es muy consciente del sistema político y sus productos, que pueden gustarle o no, pero tiene un sentido poco desarrollado de las instituciones a través de las cuales se canalizan las demandas sociales, y sólo un sentido limitado de la eficacia política personal. En esta cultura, las instituciones input (políticas) estarán probablemente poco desarrolladas, como ocurre por ejemplo en las sociedades hidráulicas.

La cultura de participante. En ella el ciudadano es muy consciente de los objetos políticos y posiblemente participa intensamente en ellos y se halla orientado hacia un rol políticamente activo”¹³. Estos tipos puros son teóricos y en la realidad se encuentran los tipos mixtos que indicamos: el tipo de cultura cívica “localista-de súbdito” “en ella el ciudadano sale de los lazos políticos puramente locales de la cultura localista y empieza a prestar su adhesión a instituciones gubernamentales más especializadas. En este sistema cultural sigue siendo débil el sentido del yo como fuerza política, y los partidos políticos y grupos de presión siguen estando definidos de manera relativamente pobre. Ese es el tipo clásico de las primeras etapas de formación de los reinos.

Cultura de súbdito-participante. En ella los ciudadanos se dividen en un conjunto relativamente importante de personas políticamente conscientes y activas, y el resto, que son relativamente pasivas. Los individuos políticamente conscientes son sensibles a todo tipo de objetos políticos y pueden tener un sentimiento desarrollado de la eficacia política. Tales culturas son típicas de Francia, Alemania e Italia a partir del siglo XIX.

Cultura localista-de participante. En ella las instituciones input (políticas) tienen un carácter relativamente local, mientras que las instituciones output (administrativas) nacionales están bastante desarrolladas, y existe un estímulo oficial a la participación política popular en forma de concentraciones de masas, apelaciones al nacionalismo, elecciones nacionales, etc. Sin embargo, tanto las organizaciones input como output pueden estar colonizadas por intereses localistas, debilitando así su actuación como órganos de participación nacional. Pueden encontrarse ejemplos de esta situación en el ejército, en las burocracias civiles y económicas y en los partidos de las zonas en desarrollo”¹⁴.

13. R. E. DOWSE y J. A. HUGHES, *o. c.*, p. 286.

14. *O. c.*, p. 787.

En la proporción en que predomine una u otra forma de cultura cívica se dará la extensión o reducción del fenómeno de la apatía que a su vez será considerado como algo normal, como algo problemático o como algo patológico.

En la base de esta cultura cívica que hace posible la participación política está el hecho de la socialización política como forma específica del proceso general que es la socialización. Hay por lo tanto una socialización política puesto que todo sistema político supone un conjunto de valores y de expectativas de conducta que inspira esos valores. En consecuencia, en toda sociedad se dará un proceso de aprendizaje y de interiorización de dichos valores que comienza en la niñez y que continúa durante toda la vida. Tal socialización política se realiza a través de las diferentes agencias socializadoras que van desde la familia a los partidos políticos pasando por los medios de propaganda y difusión.

La socialización política es una forma específica que hace referencia a los roles políticos que pondrán en relación este fenómeno con los problemas concretos del reclutamiento de las élites y de la participación política. Naturalmente el diverso índice de desarrollo de las sociedades y de los sistemas políticos determinará el predominio de unas u otras instancias de socialización política con los correspondientes comportamientos, formas y medidas de participación o no participación. De ahí la importancia explicativa de la socialización política y de la cultura política respecto del fenómeno de la apatía política. Simplemente este fenómeno es en parte el resultado y la consecuencia del proceso de socialización política que forzosamente es distinto en cada sociedad y diferente también según se acepte teóricamente un sistema político u otro o unas teorías democráticas u otras dentro de la pretensión participativa propia de la democracia.

PARTICIPACION POLITICA Y TEORIA DEMOCRATICA

Se trata de establecer la relación entre participación política y las diversas teorías democráticas. En definitiva interesa no tanto el saber cuántos participan y por qué, sino el establecer el óptimo o el mínimo o el invariable de participación dentro de las exigencias de una u otra teoría democrática.

Posiblemente esta orientación actual de los estudios sobre participación política es el resultado de la comprobación del fenómeno de la apatía política como algo normal y posiblemente necesario y desde luego insuperable. De ahí que se busque establecer, en armonía con una u otra teoría democrática, la participación significativa a fin de legitimar la presencia y la verdad de la democracia. Todo ello puede significar la renuncia calculada a una democracia utópica a fin de lograr una democracia más real y normativa en la que será preciso contar con un índice más o menos reducible y soportable de apatía democrática.

La teoría democrática clásica burguesa y la moderna teoría democrática tienen interpretaciones diferentes del contenido de la participación política en dependencia con la valoración histórica de la misma y la evolución de la sociedad burguesa. Las exigencias de participación política se formulan claramente en las teorías políticas del siglo XVIII frente a los privilegios de la nobleza, aumentando estas exigencias de participación como formas de control del poder del estado. Tal sucede en la teoría liberal de un signo u otro. De este modo los derechos políticos y los derechos humanos forman en realidad una unidad. Así pues, la participación política como derecho es considerada como forma de realización de las posibilidades humanas. Surge la figura del ciudadano responsable y participante en la gestión política.

La profunda transformación de la sociedad industrial repercute decisivamente en la realidad de la participación política y en sus posibilidades. La complejidad de los procesos económicos y administrativos reduce la responsabilidad política del ciudadano que pasa a manos de los especialistas y pone de manifiesto, precisamente a través del fenómeno de la apatía política, la contradicción insuperable entre la realidad política y los objetivos deseados por la teoría democrática clásica. Tales contradicciones pretenden ser superadas en las modernas teorías de la democracia y de la participación política.

El nuevo modelo de democracia y de participación se elabora en la sociología política americana a partir del contexto de Schumpeter de "competitive democracy" y que lleva a la teoría elitista de Lipset. En este modelo no interesa en primer lugar el contenido democrático, sino que lo que verdaderamente importa es hacer de la democracia un método de legitimación del poder democrático. En este modelo se limita la autodeterminación del ciudadano a una

participación coyuntural en el proceso de elección de candidatos. En esta teoría en la que la democracia se presenta como sistema que suministra oportunidades de elegir candidatos, se favorece directamente la reducción de la participación política ampliándose de manera clara el fenómeno de la apatía democrática puesto que en esta teoría elitista se interpreta la participación política como simple integración del individuo en el sistema ¹⁵.

En consecuencia, en esta teoría tiene lugar propio la participación política y la apatía democrática. Incluso indirectamente se llega a considerar innecesaria o inconveniente la excesiva participación. Se trataría, pues, de establecer una cantidad de participación que haga posible la estabilidad del sistema que vendrá garantizada como afirma el profesor Ramírez, por la eficacia y destreza que las élites demuestran en la competencia. En consecuencia, también, se considera que un cierto índice de apatía democrática es tolerable para el buen funcionamiento del sistema. El resultado o efecto de tal teoría ha sido la extensión inquietante de la apatía democrática que cuestiona de nuevo radicalmente el alcance de la pretensión democrática de esta teoría elitista.

Tal teoría con su vaciamiento de contenido de la categoría de participación y su cinismo empírico ha despertado una reacción que propugna la vuelta a la exigencia normativa de la democracia revalorizando el concepto de participación política como forma de auténtica autodeterminación del individuo. En esta línea de reacción se encuentran autores como Habermas, Fetscher y M. Ramírez Jiménez que acusan a esta teoría de ser "un método que desconfiando de los ciudadanos está pensado para líderes". En esta teoría se está "muy lejos del estímulo de la participación, muy lejos de la responsabilización de gobernantes y gobernados por un obrar común y muy lejos de la preocupación por el desarrollo de las posibilidades humanas". En este enfoque, nos indica el profesor Ramírez, va implícita una sospechosa transformación de la democracia en una doctrina conservadora que teme la participación y prefiere la pasividad y en consecuencia favorece la apatía democrática ¹⁶.

15. Una buena y sería interpretación crítica de la nueva teoría democrática y del modelo representado por Lipset, Schumpeter, Dahl, Berelson y Kay, en el trabajo del profesor M. RAMÍREZ JIMÉNEZ, «Los perfiles actuales de la democracia», en *R.E.O.P.*, n. 9, julio-septiembre 1967.

16. M. RAMÍREZ JIMÉNEZ, en *o. c.*; I. FETSCHER, «Konkrete Demokratie Heute» in *Festschrift für Otto Brenner zu 60 Geburtstag*, Frankfurt an Main 1967.

DIALECTICA ELITE-MASA

La presencia y la extensión del fenómeno de la apatía, la realidad de una masa que se presenta "agresivamente desinteresada" y las pretensiones de la teoría elitista que hemos indicado, nos llevan a la consideración de la relación dialéctica élite-masa como ingredientes explicativos del fenómeno de la apatía política.

La relación élite-masa, su análisis y su interpretación pertenecen a la temática de la participación del poder. La búsqueda del poder y su logro nos dará por resultado el ámbito de lo que constituye la élite del poder. La renuncia al poder y la no búsqueda del mismo, por el contrario, aparecerá como el fenómeno de la apatía política que tendrá como base la realidad de la masa. El análisis, aunque sea breve de estas dos realidades facilitará la comprensión del fenómeno de la apatía democrática, puesto que aparecerá siempre en relación directa con la presencia de las élites en el monopolio del poder, o disminuida en la proporción en que la masa se moviliza hacia el poder. Precisamente la comprobación de la actual presencia y existencia de la apatía política puede muy bien responder a la presencia y acción predominante en los actuales sistemas políticos democráticos de élites que monopolizan el poder. En este caso, las teorías de Pareto, Mosca, Michells y Mills serían acertadas o responderían al juego dialéctico de la élite y la masa explicando como verdad real la permanencia de la élite del poder y por tanto la casi insuperable realidad de la apatía política. Igualmente, la teoría elitista respondería a la realidad social comprobada empíricamente.

La discusión actual sobre la élite se centra en torno a las relaciones existentes entre la minoría superior y la masa; entre dominio o poder y democracia. La afirmación elitista descansa sobre tres tesis fundamentales que se repiten de una manera u otra o que se realizan en la práctica en el ejercicio del poder: primera, ciertos valores y posibilidades de una buena constitución social pueden ser puestos en peligro por la masa y por lo tanto es necesario asegurar la acción y la influencia en la sociedad, de una minoría cualificada. En consecuencia, la masa no debe dominar. Segunda, la masa no puede dominar, puesto que en toda sociedad dominan las minorías. Tercera, a pesar de la posible afirmación teórica de la soberanía del pueblo, en la práctica dominan minorías que permiten una cierta participación política de la masa.

La teoría elitista que afirma la necesidad de una élite de valores como forma de lograr una sociedad armónica y progresiva, es permanente en la historia del pensamiento político desde Platón a Comte y en la actualidad es afirmada por un considerable grupo de filósofos y psicólogos sociales como Le Bon, Ortega y Gasset, Burckardt, Eliot, A. Weber, A. Gehlen, W. Röpke y otros. Todos ellos afirman que la presencia de una minoría de intelectuales y de hombres cultos repercutirá eficazmente en la sociedad. Una extremosa y radical interpretación elitista sería la concepción de Nietzsche del superhombre genial y libre frente a la masa. Tal minoría influye fundamentalmente en una acción directiva cultural pero no a través del ejercicio del poder.

Frente a esta concepción elitista de valores se presenta la concepción o teoría de la élite del poder representada fundamentalmente por W. Pareto, G. Mosca, R. Michels y Mills. Aquí la élite del poder es considerada como grupo de poder, se toma como dato empírico la universalidad del hecho de la existencia de una minoría dominante. Así tenemos, en la afirmación de Mosca, que en toda sociedad existen dos clases, la de los dominantes y la de los dominados. La primera acapara todas las funciones, privilegios y ventajas; la otra clase constituida por la mayoría es mandada y dirigida¹⁷. La fundamentación de tal teoría se encuentra en el reconocimiento de la desigualdad natural de los hombres y de ahí la conveniencia del cultivo de una minoría que pueda dirigir a la sociedad. Tales minorías tienden a monopolizar el poder y a mantenerlo. Este es el hecho considerado como demostrado empíricamente, pero el problema inmediato es saber cómo este hecho puede ser así y mantenerse como tal.

Pareto y Mosca consideran posible la permanencia del hecho de las minorías del poder sobre el supuesto aceptado de una superioridad de cualidades y de formación, al mismo tiempo que colabora a su mantenimiento, la legitimación cultural y social. En este sentido se daría la llamada por Pareto "circulación de las élites" que explicaría histórica y socialmente la permanencia y sucesión en la dirección de la sociedad de una u otra élite.

Michels, por su parte, en el análisis socio-político del partido socialdemócrata en Alemania, llega a la conclusión de la formación y existencia necesaria de una oligarquía de poder que da origen, por

17. G. C. BOHRMANN, en *Handlexikon zur Politikwissenschaft*, München 1972.

su constante presencia, a la por él denominada "ley de hierro de las oligarquías" como fórmula explicativa de la permanencia de las minorías políticas del poder. Según Michels, en una organización democrática de masas se descubre y se comprueba la formación y la existencia de una oligarquía, lo cual es debido a que la organización de un partido de masas reclama la existencia de una minoría de organizadores y de administradores que terminan por erigirse en dirigentes del partido a través del control de la información que a su vez se ha de transmitir a los electores. El análisis teórico de Michels que afirma la permanencia de las oligarquías funcionariales ha sido confirmado en los estudios de Burnham y en la concepción de la llamada "nueva clase" de Djilas y en la tecnodemocracia de Düverger.

C. V. Mills encuentra la formación y la permanencia de la élite del poder a través del poder económico de los grandes grupos industriales, de los intereses de los militares y de los políticos. Es aquí, en estos grupos, donde se recluta la minoría que ha de ejercer el poder social y político. La acumulación de capital con todo lo que implica de control de medios lleva forzosamente al dominio total de la masa que de este modo es reducida a la impotencia. El poder político se identifica en cierto modo con el poder económico¹⁸.

En todas estas teorías se reconoce la permanencia de las élites, frente a las cuales la masa permanece en una mayor o menor pasividad, pero aún así siempre en dependencia del juego que las minorías en el poder le permitan. Todo ello ha favorecido, y sigue favoreciendo, la realidad de la apatía política ante la imposibilidad de superar la acción y la presencia de la minoría del poder que en muchos casos se presenta como ley del proceso político del poder.

ELITE, MASA Y DEMOCRACIA

La permanencia de la élite política en la organización democrática aparece como necesaria en las teorías más o menos elitistas de la democracia, lo cual no quiere decir que la democracia en su plenitud no deba mantenerse como exigencia necesaria. Ahora bien, en las mismas concepciones elitistas, como en la concepción ya indicada de Schumpeter se reclama por exigencia democrática una ma-

18. C. W. MILLS, *La Elite del poder*. México 1957.

por diversidad de élites que concurren en una función de control de ofertas de opciones a los diferentes grupos de la sociedad. Igualmente en la concepción elitista se prevé, entre la élite y la masa, una diversidad de grupos y de organizaciones a fin de equilibrar el poder de la élite. La creación de grupos intermedios, de asociaciones voluntarias, etc., permite, hasta cierto punto, o hace posible la superación de la soledad de la masa y de la apatía política mediante una cierta movilización constante y responsable de la masa. Pero sobre todo, la élite debe orientarse hacia la realización democrática en el sistema de reclutamiento de manera que todos los sectores de la sociedad estén representados y todos tengan acceso a la minoría del poder¹⁹. En toda esta doctrina se descubre una concepción restrictiva que falsea la esencia de la democracia y que ya hemos indicado anteriormente.

El otro extremo de esta relación dialéctica es la masa frente a la élite como ámbito configurado por los que buscan y obtienen el poder; tenemos la realidad de la masa constituida en general y hasta ahora por la renuncia al poder y la no búsqueda del mismo. Aquí se da el ámbito de la apatía política.

Las características de la élite política señaladas aguda y críticamente por Mills perfilan indirectamente el amplio contorno de la masa. La permanencia de las minorías políticas se basa: 1.º) en las tendencias institucionales decisivas que caracterizan la estructura de nuestra época, en particular el ascendiente militar en una economía organizada en empresas privadas y en sentido más amplio, las diversas coincidencias de intereses objetivos entre las instituciones económicas, militares y políticas. 2.º) Las similitudes sociales y las afinidades psicológicas de los hombres que ocupan los puestos de mando de dichas estructuras y especialmente el aumento de intercambio de primeros puestos en cada una de ellas y el creciente movimiento entre unas y otras observado en las carreras de los hombres del poder. 3.º) Las ramificaciones, hasta el grado de una totalización virtual, de las decisiones que se toman en la cima y el ascenso al poder de una serie de hombres que por educación e inclinación, son organizadores profesionales de gran fuerza y que desconocen las restricciones del adiestramiento de los partidos democráticos.

19. M. JAEGER, *Die gesellschaftliche Elite*. Bern, 1967; T. B. BOTTOMORE, *Minorías selectas y sociedad*. Madrid 1965.

Negativamente y siempre según el análisis de Mills, la formación de la minoría del poder se funda en: 1.º) el relegamiento del político profesional de partido a los niveles medios del poder. 2.º) El empate semiorganizado de los intereses de las localidades soberanas en que ha caído la función legislativa. 3.º) La ausencia casi total de un servicio civil que constituya una fuente políticamente neutral, pero adecuadamente y precisa de experiencia intelectual y ejecutiva. 4.º) El secreto oficial cada vez más grande que oculta las decisiones importantes, sin someterlas al debate de la opinión pública, ni incluso a los debates parlamentarios²⁰.

Todo y todos los demás constituyen el amplio campo de la masa y de la apatía política real o favorecida.

Por su parte, Lasswell partiendo del estudio de la política como el análisis de la influencia y de los influyentes, señala las características del influyente diciendo que es quien obtiene la mayor participación en los valores disponibles, valores que este autor clasifica como respeto, renta y seguridad. Quienes obtienen esa mayor participación constituyen la élite, el resto la masa. Tales minorías utilizan diversos medios para mantenerse en su posición, entre estos medios se encuentra la utilización de la violencia, la utilización de los bienes y la manipulación de los símbolos y de las prácticas de control y de selección. El resultado de estos métodos es la especialización de los que componen la élite como clase propia definida con funciones, estatus y puntos de vista comunes²¹.

Frente a esta realidad de la élite, tenemos el hecho y el fenómeno creciente de la masa que inicialmente se muestra como una colectividad indiferenciada. En la perspectiva del poder político, la masa representa "la otra cara del poder". Entre las características que se señalan a la masa, tenemos la de que es una situación y una realidad en la que los individuos están vinculados entre sí sólo en virtud de su relación con la autoridad. La falta de relaciones autónomas origina la alienación social generalizada y, precisamente, esta alienación acentúa la atracción que suscitan los movimientos de masas porque proporcionan ocasiones de expresar sentimientos contra

20. C. W. MILLS, *o. c.*

21. J. RIEZU, «El saber críptico como forma de poder en la sociedad actual», en *Anuario de Estudios sociales y jurídicos de la «Escuela Social de Granada»*. Volumen V, Granada 1976.

lo que existe. Naturalmente la gente así atomizada en la masa es fácil de movilizar por las élites²².

En una masa falta la expresión de la opinión. La masa recibe la opinión más que la expresa mediante los medios de comunicación. Igualmente la acción está organizada por las autoridades que establecen y controlan los cauces de esta acción. En consecuencia, la vida en una sociedad de masas presta inseguridad y estimula la impotencia. El hombre de la masa se siente desorientado y ofrece la mejor oportunidad para ser manejado por los hombres de la élite del poder. Los movimientos totalitarios —fascismos, comunismos y los mismos movimientos democráticos— utilizarán y aprovecharán estas situaciones de la masa. Y el hombre masa, que no es totalitario, puede muy bien llegar a serlo con facilidad.

Pero la evolución histórica ya desde finales del siglo pasado, y sobre todo desde principios de este siglo, ha comunicado una nueva y valiosa perspectiva a la problemática de la masa que puede definirse como su presencia histórica y su cierto protagonismo. Muchos teóricos de principio de siglo percibieron que el proceso social decisivo consistía en la pérdida de la exclusividad por parte de las élites y en el surgimiento de la participación de las masas en la vida cultural y política. En esta línea están autores como Burckhard, Le Bon, Ortega y Gasset y Mannheim, entre otros.

El fenómeno del ascenso de las masas, significa también y esto es importante, la pérdida de aislamiento por parte de los que no constituyen élites y la aparición de nuevas élites que aspiran a la movilización total de la población. Las nuevas élites o “élites accesibles” proceden de las masas y están apoyadas por los grupos que no son élites, tal ha sucedido en los movimientos totalitarios de Europa. La crítica democrática a la sociedad de masas se basa en este temor a la fácil acción de las masas sobre las nuevas élites, que a su vez y puesto que proceden de las masas pueden influir decisivamente en las mismas.

Elite y masa siguen relacionándose y condicionándose, pero el nuevo fenómeno de considerable alcance es la aparición de las nuevas élites exigidas por la masa y condicionadas por la masa, lo cual supone importantes modificaciones en la élite tradicional. La nueva élite tiene que contar con la masa y debe saber aceptar ciertas in-

22. KORNHAUSER, *Aspectos políticos de la sociedad de masas*. Buenos Aires 1969.

fluencias de la masa, a fin de poder actuar sobre ella. Todo esto puede suponer un cierto protagonismo de la masa y una relativa reducción del índice de la apatía que se hará objeto de control y de regulación por exigencia de la misma revolución democrática.

A MODO DE CONCLUSIONES

De un modo u otro, pero siempre en torno al problema de la participación política como expresión de la participación en el poder, nos hemos encontrado con el fenómeno de la apatía política. Tal fenómeno adquiere peculiar significado al darse precisamente en el ámbito de la democracia, porque el hecho afecta directamente a la esencia democrática. Por eso la apatía democrática reviste peculiaridades en relación con la concepción democrática como sistema político. Después del recorrido realizado, podemos establecer las siguientes afirmaciones:

1.^a La apatía política y la apatía democrática son fenómenos reales y permanentes que pertenecen al proceso político del poder.

2.^a La apatía política es consecuencia y resultado de la presencia constante y de la rotación y sustitución histórica o coyuntural de las élites en el ejercicio del poder.

3.^a La apatía democrática como fenómeno comprobado en los sistemas democráticos responde además de a motivaciones psicológicas individuales y colectivas, a las mismas concepciones teóricas de la democracia que favorecerán en algunos casos —en las teorías elitistas— un índice calculado de apatía.

4.^a Los diversos índices de apatía democrática pondrán de manifiesto la verdad o la restricción de la democracia y el diferente índice de realización democrática.

5.^a Frente a la pretensión elitista que favorece índices de apatía, es necesario afirmar y desarrollar las exigencias de la democracia en su dimensión normativa, como forma de realización personal y social en el ámbito político.

6.^a La apatía democrática generalizada puede ser expresión de una disconformidad con el sistema y el resultado de una deficiente cultura cívica o de una negativa socialización política.

Todo esto obliga a considerar el fenómeno de la apatía democrática como un factor a tener en cuenta en el análisis del proceso político de las democracias.

JORGE RIEZU